

✠ Si conocieras el Don de Dios... ✠

Si Scires Donum Dei...

Entre las prácticas de la religión, la Eucaristía es lo que el Sol entre los astros.

—San Francisco de Sales



El Ángel de la Paz

María Santísima, cuando se aparece en la tierra, lo hace para llamar a sus hijos de regreso a Dios, a la vida de la gracia y particularmente a través de la Eucaristía. De hecho, los Santuarios Marianos son lugares eucarísticos por excelencia. Cuando ha pedido la construcción de una iglesia o capilla es para acercarnos al Corazón Eucarístico de Jesús.

Así ocurrió en Fátima, donde la Virgen pidió de manera especial la reparación de los pecados que tanto ofenden a Nuestro Señor, especialmente los pecados contra la Eucaristía: los ultrajes, los sacrilegios, la indiferencia de los que le ofenden, de los que no le conocen y de los que, conociéndole, lo abandonan y no lo aman.

Pero los corazones de los tres pastorcillos, Lucía, Jacinta y Francisco, fueron preparados a las apariciones de María.

Lucía tuvo la gracia de recibir la Sagrada Comunión cuando apenas tenía 6 años de edad. Recordemos que fue hasta el 1910 que el Papa San Pío X en el Decreto "*Quam singulari*" manifestó la importancia de comulgar con frecuencia y que los niños pudieran recibir la Santa Comunión tan pronto tuviesen uso de razón.

La madre de Sor Lucía probablemente tuvo conocimiento de esta disposición y por esto ella misma preparó a su hija para recibir la comunión. La madre de sor Lucía al ver que se acercaba el día en el párroco iba a dar la comunión a los niños de la Parroquia pensó que Lucía ya estaba lista para recibirla. La envió a la instrucción que daría el párroco acerca de la comunión y cuando examinaron a la ni-

ña, sabía aún mejor que algunos toda la doctrina necesaria para recibir su Primera Comunión. Recibió el permiso y toda la familia se puso manos a la obra para tener todo listo para el día siguiente.

Cuando Lucía acudió a confesarse, el sacerdote, movido por una gracia interior, le dijo que le pidiera a la Virgen que preparara su corazón para recibir a Nuestro Señor al día siguiente, que para ella sería el más feliz de su vida.

Lucía transmitió a sus dos primos, Jacinta y Francisco, su gran amor por Jesús Sacramentado. Logró despertar en ellos el deseo incontenible de recibir a "Jesús escondido". Fue, de hecho, su primera catequista. Más tarde sería la Madre de Dios quien los instruyera plenamente en los misterios de la fe.

Antes de las apariciones de la Virgen, los tres niños recibieron la visita del Ángel de la Paz que los llevó a la oración y a la Eucaristía. Este es el relato de Sor Lucía:

"Al llegar junto a nosotros dijo: 'No teman. Soy el Ángel de La Paz. ¡Oren conmigo!' Y arrodillado en tierra inclinó la frente hasta el suelo. Le imitamos llevados por un movimiento sobrenatural y repetimos las palabras que oímos decir: 'Dios mío, yo creo, adoro, espero y Te amo. Te pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan y no te aman'. Después de repetir esto tres veces se levantó y dijo: 'Oren así. Los Corazones de Jesús y María están atentos a la voz de sus suplicas.'"

El Ángel se apareció una segunda vez:

La obra de nuestra redención comenzó en el momento en el que el Verbo descendió del Cielo para tomar un cuerpo humano en el seno de María. Desde aquel instante y durante nueve meses, la sangre de Cristo era la sangre de María, cogida en la fuente de su Corazón Inmaculado, las palpitations del Corazón de Cristo golpeaban al unísono con las palpitations del corazón de María.

—Sor Lucía de Fátima





De los tres niños, Francisco era el contemplativo y fue tal vez el que más se distinguió en su amor reparador a Jesús en la Eucaristía. Después de la comunión recibida de manos del Ángel, decía: "Yo sentía que Dios estaba en mí pero no sabía como era." En su vida se resalta la verdadera y apropiada devoción católica a los ángeles, a los santos y a María Santísima. Él quedó asombrado por la belleza y la bondad del ángel y de la Madre de Dios, pero él no se quedó ahí. Ello lo llevó a encontrarse con Jesús.

Francisco quería ante todo consolar a Dios, tan ofendido por los pecados de la humanidad. Durante las apariciones, era esto lo que impresionó al joven.

Más que nada Francisco quería ofrecer su vida para aliviar al Señor quien el había visto tan triste, tan ofendido. Incluso, sus ansias de ir al cielo fueron motivadas únicamente por el deseo de poder mejor consolar a Dios. Con firme propósito de hacer aquello que agradase a Dios, evitaba cualquier especie de pecado y con siete años de edad, comenzó a aproximarse, frecuentemente al Sacramento de la Penitencia.

Una vez Lucía le preguntó, "Francisco, ¿qué prefieres más, consolar al Señor o convertir a los pecadores?" Y el respondió: "Yo prefiero consolar al Señor. ¿No viste que triste estaba Nuestra Señora cuando nos dijo que los hombres no deben ofender más al Señor, que está ya tan ofendido? A mí me gustaría consolar al Señor y después, convertir a los pecadores para que ellos no ofendan más al Señor." Y siguió, "Pronto estaré en el cielo. Y cuando llegue, voy a consolar mucho a Nuestro Señor y a Nuestra Señora."

Cuando llegaban al colegio, pasaban primero por la Iglesia para saludar al Señor. Mas cuando era tiempo de empezar las clases, Francisco, conociendo que no habría de vivir mucho en la tierra, le decía a Lucía, "Vayan ustedes al colegio, yo me quedaré aquí con Jesús Escondido. ¿Qué provecho me hará aprender a leer si pronto estaré en el Cielo?" Dicho esto, Francisco se iba tan cerca como era posible del Tabernáculo.

Cuando Lucía y Jacinta regresaban por la tarde, encontraban a Francisco en el mismo lugar, en profunda oración y adoración.

"¿Qué están haciendo? ¡Recen! ¡Recen mucho! Los Corazones de Jesús y de María tienen sobre ustedes designios de misericordia. Ofrezcan constantemente oraciones y sacrificios al Altísimo!"

¿Cómo hemos de sacrificarnos?, pregunté.

"De todo lo que pueden ofrezcan un sacrificio como acto de reparación por los pecados cuales Él es ofendido, y de súplica por la conversión de los pecadores. Atraigan así sobre su patria la paz. Yo soy el Ángel de su guardia, el Ángel de Portugal. Sobre todo, acepten y soporten con sumisión el sufrimiento que el Señor les envíe."

Impresionados profundamente por estas palabras, desde ese momento, los niños a ofrecer al Señor cuanto les mortificaba, repitiendo siempre la oración que el Ángel les enseñó.

Hubo una tercera aparición:

"Estando allí apareció por tercera vez, teniendo en sus manos un Cáliz, sobre el cual estaba suspendida una Hostia, de la cual caían gotas de sangre al Cáliz. Dejando el Cáliz y la Hostia suspensos en el aire, se postró en tierra y repitió tres veces esta oración: *'Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Te adoro profundamente y te ofrezco el Preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, presente en todos los Sagrarios del mundo, en reparación por los ultrajes, sacrilegios e indiferencias con que Él mismo es ofendido. Y por los méritos infinitos de su Sagrado Corazón y del Corazón Inmaculado de María te pido la conversión de los pobres pecadores.'*

"Después levantándose tomó de nuevo en la mano el Cáliz y la Hostia. Me dio la Hostia a mí y el contenido del Cáliz lo dio a beber a Jacinta y Francisco, diciendo al mismo tiempo: "Tomen el Cuerpo y beban la Sangre de Jesucristo, horriblemente ultrajado por los hombres ingratos. Reparen sus crímenes y consuelen a su Dios."

De nuevo se postró en tierra y repitió con nosotros hasta por tres veces la misma oración: *Santísima Trinidad...y desapareció.*

Así, las visitas del Ángel, llevarían a los niños a contemplar la Eucaristía y a recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo, fuente de gracia y fortaleza para la misión que les sería encomendada más tarde por Nuestra Señora: Ofrecerse a Dios y soportar todos los sufrimientos como reparación de los pecados con que Él es ofendido y obtener con el rezo del Rosario la conversión de los pecadores.

Jacinta y Francisco murieron poco después de las apariciones. Ambos fueron ya beatificados. Lucía finalmente profesaría como religiosa en el Carmelo de Santa Teresa de Coimbra. Regresó a la Casa del Padre el 13 de febrero de 2005.

Dios mío, yo creo, adoro, espero y Te amo. Te pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan y no te aman